

El Colegial

M.R.

PRECIO
\$1⁵⁰

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)



SERIAL HENSON

AÑO I



LA DIUCA

(DIUCA, DIUCA, DIUCA)

CLASE AVES

La diuca es un ave cantora de las más hermosas entre los pajarillos cantores de Chile. Vive en la mayor parte del país. Su alimentación consiste en un ochenta por ciento de semillas y lo demás lo constituyen insectos.

Sus nidos los construyen en el campo sobre pequeños árboles y arbustos; pero también elige muchas veces los jardines y aún en los corredores de las casas del hombre; en ellos pone hasta cinco huevos; los huevos son de color verdoso con manchas cafés. Los pollitos son insesores, y la mayor parte de su alimentación es de un noventa o más por ciento de insectos, el resto de semillitas blandas. Tiene dos o más generaciones al año.

Es un ave muy servicial; destruye muchas semillas de malezas perjudiciales a las siembras, y su canto es muy agradable. En cautividad vive muy bien.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago).

APARECE LOS
VIERNES

Castilla 6562

—Correo 4.—

Santiago de Chile

REVISTA INFANTIL

AÑO I

El COLEGIAL

Director - Propietario E. CARO

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.-

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:

Annual . . . \$ 50.—

Semestral . . . 25.—

N.º 17

MI CHARLA DE HOY

Queridos amiguitos: ¿Sabían ustedes que hoy era una fecha notable en nuestra historia patria? De seguro que no lo saben y, de seguro también, hay muchísimas personas mayores e ilustradas, que no saben lo que este día, 8 de Agosto, rememora en nuestra vida de nación organizada e independiente. No se trata del recuerdo de una batalla, de algún deslumbrante triunfo guerrero; se trata tan sólo de un gesto noble, pacífico y profundamente conmovedor, llevado a cabo por todo el pueblo chileno. Porque en un día como éste, el 8 de Agosto de 1839, la patria chilena hizo un acto de reparación que fué sin duda la feliz coronación de todas las glorias pasadas, un acto de justicia que fué como el preludio de la vasta y sabia acción legislativa que iba luego a desarrollarse en su seno. El 8 de Agosto de 1839 la patria estremecida de gratitud y avergonzada de su pasada injusticia restituyó a don Bernardo O'Higgins su título y honores de Capitán General de la República de Chile. Y este gesto, debido a la iniciativa de otra gran figura histórica, del general don Manuel Bulnes, fué sin duda el triunfo más hermoso del pueblo chileno; el triunfo de su justicia.

¡Hasta el próximo Viernes, amiguitos!

EL COLEGIAL



Los esclavos del SULTÁN



RECUERDE: Los niños María y Walter prisioneros del Sultán de Constantinopla son bien tratados; pero luego Walter se niega a abrazar el islamismo y es castigado, viniendo en su auxilio dos misioneros con el fin de rescatarlo, él se niega a irse sin su hermana y el jorobadito Conrado para quienes no alcanza el dinero. María llora y luego se consuela. El enano cuenta una linda historia a la Sultana Fátima, quien le ofrece cierta recompensa si cuando termine ésta es de su agrado.

—Pero no nos los quitará, dijo su esposa.

—¡Oh Zuleica! eso sólo está en su mano. ¿No sabes que vivimos en constantes guerras? Acaba de aparecerse ahora en el patio del castillo un mensajero del Sultán que me manda ir con mis guerreros a su campamento de Toledo. Si está escrito en las estrellas que nuestro ejército sea vencido, no tardarán los vencedores en presentarse delante de los muros de mi castillo. Yo te dejo aquí a Muley con 100 valientes para protegerlos, mas no esperes a que llegue el rey de España, huye antes a la montaña con nuestro mejor tesoro, con Jusuf y Miri. Nuestro castillo pequeño, que está oculto entre rocas y bosques, no llamará la atención del enemigo, y entre tanto llegará en nuestro auxilio el Sultán de Granada con su ejército.

—Así habló Hasán a su esposa; después abrazó a sus hijos, saltó a

la silla de un corcel árabe, y salió a la cabeza de sus guerreros. Zuleica y sus hijos esperaron en vano durante ocho días sus noticias. Al noveno día, estando como de costumbre en la torre observando el campo vieron a lo lejos una nube de polvo que se aproximaba.

—¡Ya vienen! gritó alegremente Zuleica, creyendo que regresaba triunfante el ejército de su esposo.

Saltando de alegría, bajaron los niños las escaleras y gritaron a Muley y a los soldados:

—¡Mi padre viene, mi padre viene! Abrid pronto las puertas.

Los soldados obedecieron y dejaron caer el puente levadizo. Pero en vez de Hasán y sus guerreros salieron del camino cubierto, jinetes armados, y se apoderaron del puente antes que los soldados tuvieran tiempo de impedirlo. Toda resistencia era inútil. El castillo fué tomado, saqueado y destruído; a los niños los llevó cautivo un caballero. Cuando Jusuf y Miri miraron a lo lejos hacia el castillo de su padre, vieron solo las llamas, y exclamaron: ¡Ay de nuestra madre!

—¡Pobres niños! murmuró la Sultana interrumpiendo la narración de Conrado.

—Don Rodrigo que se apoderó del castillo de Hasán, era un caballero bueno. Este condujo a los niños a su castillo en el norte de España, y los puso en manos de su esposa, doña Elvira, la que los tuvo como a sus propios hijos. Pero

Jusuf y Miri no podían olvidarse de sus padres, pues es muy duro, señora, tener que vivir lejos de sus padres en un país extraño, y el anhelo de su patria atormentaba su corazón.

—Como te sucederá a ti, comentó Fátima. Continúa tu historia.

—¡Oh, señora! ¿Quién ha de interesarse por el corazón de un enano? dijo Conrado, siguiendo su narración:

Entretanto la suerte de la guerra había cambiado y los enemigos habían sido lanzados de Toledo, y el Emir Hasán recobró su castillo destruido, y lo reedificó. También recobró a su esposa que había podido escapar del castillo con algunos criados por una puerta secreta; pero a sus hijos los había perdido.

El enanito Conrado prosigue su historia:

—Cuando Hasán preguntaba por sus hijos, le respondían, que los habían llevado cautivos. Entonces prometió una gran recompensa a aquél de sus criados que le diera noticia de los niños, y uno de sus siervos pudo, por fin, hallarlos en el remoto castillo de don Rodrigo. El criado ofreció al caballero una gran suma por los niños, y éste, que se había empobrecido a consecuencia de la guerra, resolvió dejar partir al niño, pero quiso quedarse con la niña para adoptarla como hija. Cuando Jusuf vió las lágrimas de la niña, su dolor fué grande, y dijo a Muley, el siervo de su padre, que no quería separarse de su hermana y que deseaba permanecer con ella en país extraño hasta que enviaran oro suficiente para rescatarlos a los dos.

—¡Qué nobleza del niño! exclamó la Sultana.

—Ciertamente, ¡oh, señora!, y como la nobleza induce a actos semejantes a los corazones nobles, movió el corazón de doña Elvira, y dijo:

—Don Rodrigo, dejemos partir libres a los niños, sin exigir rescate. El cielo recompensará nuestros actos.

Don Rodrigo accedió y dejó a los niños partir con Muley. Grande fué la alegría de Hasán y Zuleica al ver nuevamente a sus hijos, así como su gratitud para el caballero don Rodrigo y su esposa.

—¿Y es verdadera esta historia? o ha sido invención tuya, preguntó Fátima. No creo que ningún hermano se preste a hacer tal sacrificio por su hermana.

—Esta historia no ha sucedido en España, respondió Conrado, que esperaba esta pregunta, pero no es invención mía, y de ti depende, ¡oh noble princesa! que termine como ha terminado mi historia.

—¿Con que sucede aquí y yo soy uno de los personajes de ella? exclamó Fátima irguiéndose con rapidez. Ya me imaginaba yo que te proponías algún fin con tu historia. ¿Son acaso la pequeña Miri que está a mi servicio, y él Jusuf que era el escudero del Sultán, el Jusuf y la Miri de tu historia?

—¡Oh, señora! Alá ha dotado a tu espíritu de sabiduría; ellos son. Los padres de Jusuf y de Miri lloran por sus hijos, como Hasán y Zuleica. Han enviado a dos misioneros para que rescaten a sus hijos, Pero la suma que Abdulah ha exigido por Jusuf es tan elevada, que los religiosos aun después de quedarse uno de ellos mismos en rehenes, no pueden ofrecer nada por Miri. Ayer tarde se lo dijeron a Ju-



—Grande fué la alegría de Haán y Zuleica al ver nuevamente a sus hijos, así como su gratitud para el caballero Don Rodrigo y su esposa.

—Y quisieron trasladarlo con otros compañeros al barco que ha de conducirlos a su patria y a sus padres. Pero Jusuf se negó a ir sin su hermana.

—¿Y eso que hace poco fué duramente atormentado y le espera todavía cosa peor! dijo la Sultana. Estos niños son muy singulares. Por cierto que la realidad deja muy atrás a tu historia. ¿Y qué crees tú que yo pueda hacer para que esta historia acabe aquí en Constantinopla, tan felizmente como dió término la tuya en España?

—¡Oh, señora! Alá ha llenado tu espíritu de sabiduría y tu corazón de bondad. Habla una palabra al Sultán, y da libertad a Miri para que vuelva con su hermano a su patria con sus padres. Alá te lo pagará. ¡Tienes tantos esclavos!

—Pero a ninguno quiero como a Miri. ¿Y a ti no te interesa la libertad? ¿Por qué no has puesto en

tu historia un enano que fuera hecho cautivo con los dos hermanos?

—Yo, señora, soy un pobre huérfano, nadie llora por mí en mi patria. Yo puedo vivir y morir aquí.

Tan conmovido era el acento con que Conrado pronunció estas palabras, que la Sultana apenas pudo contener las lágrimas. Habiéndose repuesto dijo:

—Está bien. Pero tú conoces los caprichos del Sultán. De nada serviría que yo le pidiera por los esclavos; creo además que no sabrá nada del negocio de Abdulah. Por dinero no daría la libertad a Jusuf. Puedes retirarte, enano. Yo pensaré lo que ha de hacerse.

—Alá te bendiga, dijo Conrado. Tu sabiduría escogerá lo mejor y tu bondad lo realizará. E inclinándose profundamente, salió de la estancia de la Sultana.

(Continuará)

Vergel INFANTIL

EL SONETO DE LOS ASTROS

¡Son los astros, en el jardín del cielo,
Capullos, de alma flora, adamantina;
Toda, de luces de la luz divina,
Cual de sus atributos, fiel modelo!

¡Bien, cada astro es sublime barquichuelo,
Que a Dios los elegidos avvicina;
Transitando, apacible y peregrina,
La belleza oceánica del cielo!

¡Más bien, brillan los astros, tan gentiles,
De alba inocencia, a los amables chicos:
Bellos querubens, a miles de miles,

Han hecho en el cielo agujeritos,
Advertidores parvos de la luz,
Que hay en el paraíso de Jesús!

TIO ATILIO

MOMENTO

La estrella trémula que se retrata en el agua
como eterna enamorada del silencio,
desnuda y frágil en la linfa clara
posa su ensueño con vanidad y misterio.

El río corre y hacia el mar orienta
su anhelante bagaje de plegarias
¡Como un sueño que solloza y vuela
el agua va cantando sin palabras!

El viento entona con ardor salvaje
la oda mustia de muchos que esperamos
...signo que se abre... un clarín de sangre...
¡por qué mi corazón no habrá olvidado?

...Suenan tan tristes mis palabras todas
que solo el sueño de un ideal existe
y aun así ese anhelar me duele
como incurable llaga de mi vida triste.

ROSE MARIE

TORNASOL ...

Hay una lágrima en la rubia espiga de tu mano
y no sé si es rosa, si es verso, estrella u oración...
Pétalo o música. Plegaria o luz. Bajo su arcano
de inspiración sublime se impregna el corazón...

Emoción que se abre. Bochorno en Primavera,
todo un sueño, en reposo que tarda en ser herido...
¡Después! Todo es tan falso: Amor, pura quimera,
fragilidad del beso que vuela al ser cogido...

Más tarde, hasta las rosas tendrán rumor de ritmo
y en mares muy distantes, la gloria será bruma
un pétalo con alas que al darnos su sigilo
será rodante ensueño de efímeras espumas...

De tus ojos morunos ha rodado esa perla
y en mi verso se ha hecho milagrosa emoción...
Las nubes semi rosas, cabalgan por cogerla;
mas, esa lágrima tuya quedó en mi corazón...

MARYNE DA LER

LLUVIA

Lluvia, eres una caricia perdida vagando por todos los mares... un
mensaje dulce de otros mundos ignotos; un corazón pálido que traza nuestros
sueños en el aire; una mano de seda que despilfarra brillantes... lluvia, eres
una balada errante.

Como todas las cosas tan pronto vienes, tan pronto te vas.

¡Lluvia! ¡Espacios grises en gemido y vibración! Yo te adoro, tienes
el sabor añejo y fresco de los siglos, semejas murmullos de muertos...

A veces pienso: "Me envuelve el cielo desprendido", y te dejo lluvia
jugar en mi paz.

LILIANA MIRANDA DIAZ



Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor, que ha aprendido el oficio de menestral enseñado por un anciano a quien creía su padre, va en busca del asesino y despoja-dor de su verdadero padre. Para lograr su propósito debe conseguir la espada mágica y el guantelete mágico. La reina de las brujas expone un plan para hacer caer a Lindor en las manos del cruel señor de Faunas.

CAPITULO XVII



1. ¡Muy buena tu idea, Malagesta! exclamó entusiasmado el señor de Faunas. Seguiré tus instrucciones al pie de la letra. En cuanto Lindor me entregue sus talismanes, uno de mis guardias se encargará de apuñalarlo por la espalda y yo te pagaré bien.

2. Mientras tanto Lindor, después de haber seguido el sendero por el cual se había metido, se halló sin saber cómo fuera del Bosque del Peligro. Cuando quiso volver a entrar, una espesa barrera de zarzas espinudas se interpuso impidiéndole el paso.



3. Lindor permanecía indeciso, sin saber qué hacer, cuando una voz lo interpe-ló: ¿Qué le pasa, gallardo menestral? Lindor se volvió y divisó un pastor seguido de una cabra. —Quisiera entrar en el bosque, explicó Lindor. —Mañana podrá hacerlo, dijo el pastor.

4. Entonces esperaré aquí mismo, repli-có Lindor. — ¡No, no! Las hadas y ge-nios del bosque, no abrirán la barrera has-ta que no se haya alejado usted de aquí, in-sistió el pastor. En ese mismo instante sur-gió una culebra de entre las hierbas del ca-mino.

Menestral



5. Al ver la culebra, la cabra se espantó y echó a correr. El pastor la siguió a toda prisa, dándole voces para tranquilizarla. Mientras tanto, la culebra se levantó silbando y se precipitó sobre el joven menestral. Este hizo un gesto con la mano para apartarla, cuando vió estupefacto que había agarrado su viola perdida en una pasada aventura.



6. Durante un buen momento se quedó Lindor estrechando su querido instrumento entre las manos. Pero pasado el primer momento de emoción, se dió cuenta de que había dejado caer su guantelete de hierro obtenido en la Laguna del Bosque del Peligro. Pero éste había desaparecido. Lindor siguió buscando, pero sólo encontró de nuevo al pastor que le dijo:



7. Joven menestral, vamos a ese castillo que se ve allá lejos. El amo del castillo es un gran señor que acoge con mucha benevolencia a los artistas. Estoy seguro que allá podréis descansar cómodamente y después de tocar y cantar en presencia del señor, éste le dará muchas y relucientes monedas de oro. Lindor aceptó y acompañó al pastor al castillo.



8. Cuando el señor de Faunas vió a Lindor, exclamó hipócritamente: — ¡Un menestral, qué grata sorpresa! Sed el bienvenido a mi castillo, joven artista. Vuestros cantos y vuestras dulces melodías alegrarán mi corazón entristecido por grandes penas. Seguidme, joven a mis departamentos y no os arrepentiréis. — ¡Con todo gusto, señor! dijo Lindor inclinándose.

(Continuará)



Los Dos Huérfanitos

RECUERDE: Damián y Paulina abandonan la casa de los pobres pescadores que ellos creían ser sus padres y por el camino encuentran a un viejo peregrino moribundo quien les confía una chaqueta en cuyo forro ha escondido una fortuna en billetes de banco. Los niños, después de muchas peripecias llegan a las minas de Lota donde trabaja el herrero del viejo de la chaqueta. Los niños están a punto de entregar el sagrado depósito, cuando sienten que unos ladrones tratan de abrir la ventana para entrar a robar.

CAPITULO XVII

La lucha por la chaqueta

Paulina y Damián se habían ocultado en un rincón oscuro del pequeño vestíbulo, donde aguardaban anhelantes el desarrollo de los acontecimientos. Con el oído atento, escuchaban los rumores y ruidos que hacía el ladrón al otro lado de la puerta de comunicación.

De pronto, los dos niños oyeron unos pasos furtivos. Alguien había llegado al vestíbulo en medio de la oscuridad. ¿Quién sería? ¿Acaso uno de los bandidos? No era posible. ¿Por donde podía haber entrado?

Y aquellos pasos furtivos dentro de la misma casa, atemorizó más a los niños que las maniobras del ladrón que operaba desde afuera, junto a la ventana. Sorprendidos, asustados, los niños se estrecharon más en su escondite. Una sombra se deslizó directamente hacia la puer-

ta del cuarto de los niños. De pronto oyeron que la sombra murmuraba:

—¡Está cerrada! ¡Diablo! ¡Pero no, la llave está en la cerradura, todo va bien!

—Es el señor Martín, susurró Paulina al oído de su hermano. El hombre prosiguió hablando consigo mismo:

—¿A quién se le ocurriría la idea de encerrarlos? Sin duda la buena señora Juana ha sido la de la idea.

Mientras tanto, Damián susurraba a su hermana:

—¿Qué habrá venido a buscar a nuestro cuarto? Creo que a nada bueno ha podido venir en medio de la noche... Si llega a encontrarse con los ladrones, tremenda sorpresa se va a llevar.

En el cuarto de la señora Juana, el perro se había puesto a gruñir sordamente. En el colmo de la ansiedad, Damián y Paulina se preguntaban qué cosa iría a ocurrir.

Afuera el ché Desiderio había logrado por fin entreabrir los postigos de la ventana y por entre la juntura arrojó hacia adentro los pedazos de carne envenenada que había preparado para eliminar a Betún. Pero se sorprendió un poco al darse cuenta de que el perro no lo había sentido. Entonces produjo un ruido para despertarlo, si es que el perro estuviese dormido. Pero nada, ni un gruñido, ni un rumor.

Por un momento pensó el bandido que se había equivocado de ventana. Con muchas precauciones encendió la linterna eléctrica y vio que no había equivocación.

—Quiere decir que el perro no está aquí, murmuró. Lo han sacado de la pieza tal vez para que no moleste a los chiquillos. ¡Es una suerte... para mí!

Se alejó de la ventana y dijo a su cómplice:

—Ven, Celestino...

—¿Y el perro? preguntó en voz baja el otro recorriendo atemorizado los agudos colmillos de Betún.

—No hay nada que temer, replicó su compañero. Han sacado al perro de la pieza. Necesito que me ayudes. Si los muchachos se despiertan y piden socorro, yo no podría cerrarles la boca a los dos al mismo tiempo. ¿No se ve a nadie en la calle.

—Ni un alma viviente, ché.

—Entonces vamos. Debemos operar con rapidez.

Se acercaron los dos a la ventana y esta vez el argentino abrió bien los postigos. Silencio. Era una invitación ese silencio y los dos bribones no se hicieron de rogar para introducirse al punto en la pieza, evitando todo rumor. El cuyano inspeccionó el cuarto. Y murmuró sorprendido:

—¡Qué raro, parece que...!

Se acercó a las camas:

—¡Lo dicho, exclamó en voz baja, los pájaros han volado!

Tanteó las ropas con una mano.

—Las ropas están calientes. Los muchachos se han ido hace poco, explicó.

—Entonces... es mejor que hu-yamos, dijo Celestino que se sintió invadido por un repentino temor.

Los chiquillos deben haberte oído y han ido a dar la alarma.

Sin responderle, el cuyano siguió inspeccionando el cuarto. Tenía la esperanza de que los muchachos en medio de su aturdimiento hubiesen olvidado la chaqueta. Y de pronto los ojos del ladrón brillaron con fuego de triunfo. Sobre una silla acababa de ver la famosa chaqueta.

—¡Aquí está! susurró.

Al tiempo de tomarla en sus manos ansiosas, el ché Desiderio pensó que la prenda estaba demasiado a la vista... ¿Habrían sacado el dinero los muchachos? Con manos febriles se apoderó el bandido de la chaqueta codiciada y empezó a palparla. El ruido de los papeles ocultos en el forro le devolvió la tranquilidad y exclamó lleno de satisfacción:

—¡El dinero está aquí, Celestino, tenemos los billetes!

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la puerta se abrió violentamente. Martín había oído todo y de golpe y porrazo se dió cuenta de la situación. Celestino se lanzó de un salto a la ventana y de otro salto estuvo en el jardineillo exterior. La conducta del cuyano fué distinta. Persuadido de que iba a ser atacado por el recién llegado, se precipitó sobre Martín y le aplicó una violenta bofetada en el mentón.

Martín, que no esperaba esa reacción, creyendo que los ladrones sorprendidos iban a tratar de escapar como alma que lleva el diablo, no hizo amago a barajar el golpe y fué proyectado contra la pared. El tremendo choque lo hizo caer al suelo. Y cuando se levantó titubeando como un borracho, el cuyano había saltado ya por la ventana y



Martín sacó un revólver y acercándose a la ventana disparó al mismo tiempo que pedía socorro.

huía a través del jardincillo. Martín sacó un revólver y acercándose a la ventana disparó al azar, al mismo tiempo que pedía socorro.

El ché Desiderio y Celestino corrían como liebres por el camino alumbrado de trecho en trecho por unos pequeños focos eléctricos. Los dos bribones creían estar ya a salvo, cuando en realidad corrían a su propia pérdida.

A tres cuadras de allí estaba una pareja de carabineros que hacía la ronda nocturna. Descansaban de una larga caminata, cuando de pronto sintieron tres disparos de revólver que desgarraron la apacibilidad de la noche.

—¡Diablo! Parece que por ese lado andan a tiros... dijo uno de los carabineros disponiéndose a partir en dirección del lugar de donde parecían provenir los disparos.

—¡Vamos! dijo el otro.

Se disponían ya a partir a la carrera, cuando sintieron los gritos dados por Martín:

—Ladrones, socorro, ladrones!

Los carabineros no necesitaron más. Desenfundaron los revólveres y se lanzaron a paso de carga. A la vuelta de la esquina divisaron a dos hombres que corrían en dirección opuesta a ellos, es decir, corrían a su encuentro.

—¡Maldición! exclamó el cuyano al ver a los carabineros.

Celestino estuvo a punto de desmayarse. El otro lo agarró de un brazo y le dijo:

—¡Corre más fuerte, tonto, corre a través del potrero que está a la derecha!

Celestino viró hacia la derecha. Pero los carabineros les dieron la voz de alto.

—¡Párense! ordenaron.

Los bandidos redoblaron la velocidad de la carrera.

—¡Párense o disparamos!

En vista del resultado negativo de sus órdenes, los dos carabineros apuntaron y dispararon. Uno de los bandidos rodó por el suelo. Era el cuyano.

—¡Al otro! gritó uno de los carabineros.

Iba a disparar contra Celestino, cuando éste se desplomó sobre el suelo.

—¡Diablo! ¿Es posible que le hayamos dado a los dos?

Los dos carabineros se precipitaron hacia los caídos y antes de examinarlos para ver si estaban heridos mortalmente o no lo estaban, les amarraron las manos con un cordel.

—Usted, Padilla, entiéndase con ese y yo me entenderé con este otro.

—Bien, compañero Miranda.

—¿Dónde te llegó el tiro? preguntó el llamado Miranda al cuyano.

—En el muslo, respondió el ché Desiderio.

El carabinero Padilla preguntó al otro herido:

—En ninguna parte, señor carabinero, respondió Celestino.

—¿Y entonces por qué no seguis te corriendo?

—¡Cómo se le ocurre, señor! ¿No ve que a mí también me habría ligado entonces un tirito por la espalda?

—Tienes razón; si no te dejás caer a tiempo, te habría metido un par de balas por lo menos en ese cochino cuerpo.

Celestino tenía una inteligencia más reducida que la del cuyano; pero se le despertaba de un modo prodigioso cuando se trataba de salvar su pellejo.

Martín había salido al fin por la ventana y en ese momento llegó al lugar de la lucha. Los carabineros comprendieron que aquel hombre era el asaltado y le preguntaron:

—¿No mataron a nadie estos bellosos?

—Por suerte no mataron a nadie, respondió Martín. Estaban tratando de robar, cuando los sorprendí y escaparon por la ventana después de haberme golpeado salvajemente. Disparé más para pedir auxilio que por hacerles daño. Estaban muy lejos.

—Hacía tiempo que no hacíamos una captura así, dijo el carabinero Padilla con profunda satisfacción y no sin gran orgullo.

Y en seguida, volviéndose hacia los bandidos, agregó con aspereza:

—Vamos, párense, bribones y vayan andando!

El ché Desiderio se puso de pie con grandes dificultades, pues la herida del muslo parecía dolerle terriblemente. Pero apretó los dientes para no quejarse. En ese mismo instante los ojos de Martín vieron en el suelo la chaqueta. La recogió del suelo diciendo:

—Esto fué lo único que alcanzaron a robar estos bribones...

—¡Exponerse a tiros por una chaqueta semejante! exclamó el carabinero Miranda moviendo la cabeza. ¡Qué idiotas!

—Todos los de esta calaña llevan en la sangre el afán de robar, dijo el otro carabinero. Guárdese usted esa chaqueta, pero téngala a mano por si la necesitamos como pieza de convicción. Ayúdenos a llevar a este ché que parece más embromado de lo que parece...

(Continuará)

HISTORIA GRAFICA



113. Durante el gobierno de don Martín Oñez de Loyola hubo grandes lluvias en todo el país. En Santiago se salió el río Mapocho y la ciudad quedó completamente inundada causando grandes daños en las casas de los habitantes y echando a perder muchas cosechas.



114. El gobernador había traído del Perú a unos misioneros jesuitas para evangelizar a los indios araucanos. Acompañado de tres jesuitas y de sesenta soldados sin contar un gran número de indios sometidos, don Martín entró en el interior del territorio araucano.



115. Todo parecía ir bien en un principio; pero, de pronto sigilosos emisarios araucanos se encargaron de "hacer correr la flecha". Estos emisarios iban de tribu en tribu llevando una flecha atada con hilo rojo. Era la señal para disponerse todos a la guerra.



116. Así fué cómo de improviso, la guerra se encendió en varios puntos del país a la vez. Dos caciques valerosos y aguerridos, Paillamaco y Pelantaro, se pusieron al frente de la nueva insurrección general. Unos soldados fueron muertos cerca del fuerte Longotoro.



117. El capitán del fuerte Longotoro escuchó de labios de uno de los soldados, escapado milagrosamente, el ataque de los indios. Comprendiendo el capitán que ese acto era presagio de una terrible sublevación, decidió pedir ayuda y refuerzos al propio gobernador.



118. El capitán escribió un mensaje y llamando a un indio, llamado Nabalburi, que estaba al servicio de los españoles, lo envió a Angol con el mensaje para entregarlo en manos del propio don Martín. El yanacona partió en su caballo llevando el precioso documento.



119. Pero en vez de dirigirse a Angol, Nabalburi se dirigió al campamento de Pelantaro y mostró al jefe indio la carta del capitán del fuerte Longotoro, explicándole al mismo tiempo el objeto de aquel mensaje. En seguida, Nabalburi siguió su camino hasta Angol.



120. En Angol, Nabalburi entregó el mensaje del capitán y el gobernador, don Martín Oñez de Loyola, reunió al punto cincuenta jinetes y trescientos yanaconas, para correr en auxilio del fuerte amenazado. Creía que se trataba sólo de una sublevación parcial...



Viajes de Juan Sebastián de Elcano

CAPITULO II

—He oído decir que vuestro gran amigo, Ruy Falerio, se queda en tierra, después de ser uno de los más entusiastas promotores de la expedición, insinuó Mendoza.

—Es cierto que se queda. Unos dicen que se ha vuelto loco; otros, que lo simula, porque teme aventurarse a lo desconocido. No hablemos de él, que sus razones tendrá para proceder así y ya hay quien le sustituya.

Siguieron paseando, entretenidos con el ajetreo del muelle. Al pasar junto a ellos un marinero joven, pero ya tóstado por los aires del mar, le detuvo el capitán y le preguntó:

—¿Quién sois?

—Señor, contestó el joven con soltura y sin dar muestras de conocer al que le interrogaba, soy un marino vasco, paje del señor El Cano.

—¿Váis contento con la expedición?

—Con el caballero El Cano estoy decidido aunque sea a dar la vuelta al mundo. Y además, ¿cómo no voy a ir contento, si me han dicho que llevamos a bordo cascabeles para rescates?

—Es verdad, dijo Magallanes a Mendoza, continuando su paseo.

Llevamos veinte mil cascabeles, millares de anzuelos y de tijeras y gran cantidad de azogue, plomo, azafrán, tejidos, alumbre, etc. Cuando estuve en Moluscas comprendí bien lo mucho que valían estos rescates. Lo que más necesitamos son hombres, pues solo van doscientos treinta y siete. Pero no hemos de mirar al número sino a la calidad; una moneda de oro vale por muchas de cobre.

—¿Y cuando nos daremos a la vela? preguntó Mendoza.

—Dentro de unos días. Probablemente el 10 de este mes descendaremos, por las aguas del río a realizar la idea que hace ya muchos años bulle en mi mente. A mí no me cabe la menor duda de que lo mismo que se dobla el Africa por el sur, se puede doblar la América e ir a las islas de la Especería. ¡Oh, si encontrásemos ese paso feliz, yo sería el más dichoso de los mortales!

—Lo encontraremos, dijo Mendoza con acento de convicción.

—¿Que Dios te oiga! repuso Magallanes, levantando los ojos al cielo.

Magallanes cumplió su palabra. El 9 de Agosto de 1519 los valientes marinos que iban a salir en busca del nuevo derrotero para las Indias, se hallaban humildemente postrados ante la imagen de Nuestra Señora de la Victoria de Triar-

na, implorando el favor del cielo. Entre los acordes de la música y el fervoroso ruego de la multitud, recibía Magallanes el estandarte real de manos del asistente Sancho Martínez de Leyva. Todos prestaron allí juramento de servir al Emperador; y los capitanes lo prestaron de obedecer al jefe de la armada.

El Cano, imperturbable y decidido ante los peligros del mar, sentía en aquella ocasión el pecho enternecido; ofrecía a la Virgen su empresa y le encomendaba el cuidado de su madre.

Al amanecer del siguiente día se hallaban los muelles llenos de gente. Las cinco naves que iban a partir estaban adornadas de flámulas y gallardetes, e hinchaban sus velas como tomando aliento para tan larga y arriesgada travesía. Los soldados desde cubierta agitaban sus pañuelos en señal de despedida.

De pronto se oyó un cañonazo que tuvo eco en todos los corazones, y comenzó a deslizarse sobre las aguas del río la nave Trinidad, de ciento treinta y dos toneladas y mandada por el almirante. La siguió la San Antonio, de ciento catorce toneladas y a las órdenes de Juan de Cartagena; la tercera que salió fué la Concepción, de ciento ocho toneladas; en ésta iba de capitán Juan de Quesada, y de maestre El Cano; a pequeña distancia siguieron la Victoria y la Santiago, mandadas por Luis de Mendoza y Juan Serrano, respectivamente.

—¡Gloria a los héroes —gritaba un anciano hidalgo, blandiendo su espada.

La armada siguió su curso por las aguas del río, y continuó avanzando sobre las ondas hasta llegar al puerto de Sanlúcar de Barrame-

da, donde iba a recoger los aprovisionamientos que le faltaban.

Magallanes ordenó que la gente bajase todos los días a tierra para oír misa. A fines de Septiembre salieron de Sanlúcar, y el 26 del mismo mes llegaron a Tenerife, donde se detuvieron unos días para proveerse de agua y leña, partiendo de allí el 3 de Octubre a medianoche, para engolfarse en las llanuras del Atlántico.

El Cano, siempre atento a conservar la disciplina en su nave, trabajaba mucho y hablaba poco y apenas se enteraba de la tormenta que en el interior de la flota se iba formando, tormenta mucho más terrible que las atmosféricas que podían concluir con las naves.

Una tarde, cerca ya de las costas de Guinea, estaba El Cano aburrido por la calma chicha que reinaba en aquella latitud y que apenas tenía impulso para mover las embarcaciones: parecía que el cielo les negaba la brisa para una expedición que todos ansiaban hacer a velas desplegadas.

—¡Qué calma tan desesperante!, murmuró sin poderse contener.

—Señor, dijo el paje, que no sabía vivir sino al lado de su antiguo capitán, tan grande como es la calma que reina en la atmósfera, es la tormenta que se avecina dentro de la armada. Mal fin va a tener la enemiga que hay entre el almirante y veedor.

—A nosotros nos toca cumplir como buenos y callar y más a ti.

—Ya me parecía a mí que no era posible la paz entre tanta clase de gentes... ¡No sé lo que va a pasar aquí!

—Todos tenemos el mismo Dios y el mismo Rey.



Señor, dijo el paje a su capitán, tan grande como es la calma que reina en la atmósfera, es la tormenta que se avecina dentro de la armada.

—Dicen que el capitán Cartagena se opone a seguir la ruta que traza el almirante, y hasta añaden que le ha tratado con descortesía, y que entre los expedicionarios hay algunos que solo vienen con objeto de malograr la empresa.

—Muy hablador te has vuelto desde que nos hicimos a la mar. Tú no te metas en nada ni hagas caso de habladurías, contestó secamente El Cano, que sabía con tristeza la división que reinaba entre los hidalgos.

A los pocos días y aprovechando aquella gran calma, ordenó Magallanes que todos los oficiales pasaran a la Trinidad. Allí discutieron acaloradamente sobre la ruta que debía seguirse y sobre el saludo que a la primera autoridad correspondía. El veedor Cartagena, capitán de la San Antonio, alegando poderes del Emperador, trató de imponerse a Magallanes; mas éste valiéndose de su autoridad le puso preso y ordenó que se le condujese

a la nave Victoria, cuyo capitán Luis de Mendoza, le trató con toda clase de consideraciones. Substituyó a Cartagena en el mando de la San Antonio, Alvaro de Mezquita, primo de Magallanes.

Con esta medida se acalló por el momento el espíritu de rebelión, y todos acataron y sin protestar las órdenes de Magallanes.

En la línea equinoecial sufrieron cuarenta días de lluvia persistente, y una desencadenada tormenta, que los puso en grave peligro. Esta lluvia sirvió para desvanecer la creencia que tenían la mayor parte de los tripulantes de que en los trópicos no llovía nunca. El 29 de Noviembre se hallaban ya cerca del nuevo Mundo y a la altura del Cabo de San Agustín. Ansiosos de descansar y apremiados por la necesidad de la leña, agua y víveres frescos, desembarcaron el 13 de Diciembre en un lugar de las costas del Brasil, llamado Tierra del Verzino.

(CONTINUARA)

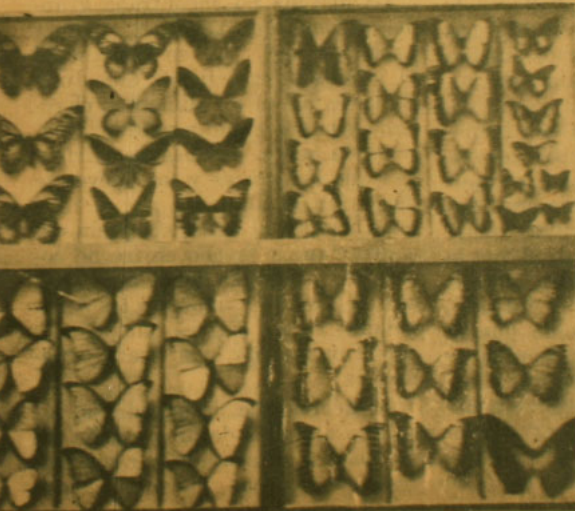
La mayor

Colección de Insectos del mundo

Ciento cincuenta mil insectos clasificados, en 280 insectarios constituyen la primera colección de entomología del mundo. Pertenecen a la Congregación Mercedaria. El Colegio San Pedro Nolasco, tiene orgullo de este Museo y ahora acaba de mostrar al público esta valiosa colección.

El hermano mercedario Flaminio Ruiz, renombrado sabio chileno dedicado a esta ciencia durante treinta años, es el alma de esta colección. Está a cargo de la Cátedra de Entomología de dicho Colegio.

Una vida entera consagrada al estudio lleva el hermano Flaminio.



Es el Presidente y fundador de la Sociedad Chilena de Entomología, ciencia que se dedica al estudio de los insectos.

Damos dos interesantes fotografías de la colección de mariposas, cuyas alas en forma de hojas de árboles, en tonos inimitables, llaman la atención. El color de las alas se debe a ciertos prismas con que están dotados estos insectos, y a través de los cuales, en cada región dejan pasar la luz, que se descompone y al reflejar el colorido terminan por colorear las alas, cumpliendo así la maravillosa obra de la creación, según explica el hermano Flaminio.

Como ven queridos lectores, ustedes mismos han tenido ocasión de admirar estos insectos en la página dedicada a la Flora y Fauna de Chile, cuyos datos son debidos a la gentileza del hermano Flaminio Ruiz.



RECUERDE: El joven Santiago Merande, su tío materno Juan Salvere, y su amigo Gabriel Montrose, se asocia para ir en busca de un tesoro oculto en la selva africana. Después de muchas peripecias logran dar con los bandidos que mataron al tío paterno del joven, Felipe Merande y después de reñida lucha, logran castigar a los principales culpables de la muerte de Felipe Merande y toman prisioneros a los demás.

Al cabo de varias semanas, los expedicionarios entraron en la selva, la grande, la inmensa selva africana de las viejas edades, la selva libre desde hacía millares de años, donde apenas, en algunos puntos de su territorio, habían puesto el pie las expediciones humanas.

Allí el árbol parecía ser la potencia más poderosa entre los seres vivos. Al ver aquella interminable sucesión de figuras erguidas y ramosas por entre cuyo follaje apenas se filtraba el sol, al ver la masa compacta de verdura que parecía extenderse hasta el infinito, se sentía la impresión de que la planta era la verdadera dominadora del planeta. A veces esta idea se convertía en una verdadera obsesión. Les parecía a los expedicionarios que se hallaban prisioneros de la selva y que jamás volverían a ver el espacio libre, el cielo abierto sobre un ancho horizonte.

Y sin embargo, aquella selva in-

mensa no era inhospitalaria. Para una pequeña tropa sin duda hubiese sido peligrosa; pero una caravana numerosa como era la que formaban los expedicionarios, podía desafiar sin peligro a todos los animales feroces de la selva; sólo bastaba que ninguno de los expedicionarios se apartara del núcleo o de su grupo.

En efecto, más de una tropa de elefantes se apartó del camino ante aquel pequeño ejército que llevaba consigo numeroso rebaño de cabras y de bueyes, aparte de los caballos y mulas.

La marcha no encontraba grandes dificultades. Pero el primer problema serio que se le presentó al jefe de la expedición, don Juan Salvere, fué el de alimentar el rebaño y hallar el agua necesaria para tanta gente. Los negros afirmaron que las cabras y los bueyes se buscarían el alimento por sí mismos; cuanto al agua, sin duda encontrarían de trecho en trecho corrientes y lagunas donde apagar la sed. Y hasta el momento las seguridades de los negros habían sido confirmadas por una grata experiencia.

Al décimo día, la expedición hizo alto a orillas de un pequeño lago que era alimentado por corrientes subterráneas. Salvere examinó el agua y encontró que era potable para los negros acostumbrados a beber agua de pantanos y pa-

ra el rebaño. Los blancos bebían té o café con agua esterilizada.

Mientras el consejo elegía el sitio para levantar el campamento, el rebaño, dirigido por escuadras de negros, bebían en la orilla del pequeño lago. Levantado el campamento, don Juan Salvere se dió a la tarea de poner centinelas en sitios estratégicos y tomar todas las medidas necesarias para evitar una sorpresa. Con el espíritu libre de toda inquietud y satisfecho de haber cumplido con sus obligaciones de jefe supremo, don Juan volvió al lado de sus amigos que esperaban en la tienda mayor.

—¡Qué minucioso y disciplinado es usted, don Juan!, le dijo Gabriel Montrose. ¿Para qué tantas medidas? ¿Qué podemos temer en estos lugares desiertos? Desde que entramos en la selva no hemos hallado el menor rastro de huella humana.

—Mi conciencia no estaría tranquila si descuidara mis deberes, Montrose, respondió sonriendo don Juan Salvere. Nada hay que dejar a la casualidad, nada, excepto lo que humanamente no se puede hacer.

—Lo admiro a usted, señor Salvere, respondió Gabriel con mucha sinceridad. Creo que erró usted su vocación. Usted habría servido muy bien para dirigir un ejército.

Hubo un silencio. Los cocineros negros encendían el fuego para comer. Mirando con sus anteojos de largavista, don Juan Salvere seguía todos los movimientos de los negros para constatar si aplicaban estrictamente las reglas que él había establecido para evitar incendios en la selva. De cuando en cuando enviaba a Niembé, a Kunú o a Kuragán para llevar sus re-

comendaciones a los sitios donde divisaba alguna falla.

—Lo que más me gusta en este sitio, observó Santiago Merande, es que divisamos encima de nuestras cabezas un gran trecho de cielo azul. ¡Después de tantos días de sombra! ¡Qué hermoso se verá ese pedazo de cielo cuando empiecen a brillar las estrellas!

—Estamos reviviendo los lejanos tiempos de la época terciaria, cuando estos lugares estaban poblados por monos gigantes, de la raza de King Kong, cuando los dinoterios paseaban su enorme cuerpo sobre la tierra y los brontosaurios se arrastraban haciendo retremblar el suelo bajo su peso.

Mientras hablaba el sabio tío de Santiago, se sintió una especie de gruñido en lo más espeso del matorral lacustre, algunas ramas crugieron y de pronto una forma viviente de color gris y del porte de un niño de tres o cuatro años, cayó a los pies de los interlocutores. Esta criatura que se parecía notablemente a un niño de los negros, tenía en la espalda una desgarradura de donde manaba un hilo de sangre, y daba unos gritos de espanto.

—Es un pequeño gorila, exclamó Salvere.

Kuragán dijo mirando al pequeño:

—Es un niño de los hombres que no hablan. Parece que ha sido atacado por algún leopardo.

Kuragán se precipitó hacia el mono y se preparaba para tomarlo, cuando una joven cautiva le gritó:

—¡No hacer mal... yo, Diula saber hablar... él comprender a Diula...!

Se inclinó sobre el pequeño gorila y puso su cara a la altura del



Y a poca distancia pudieron ver a este enorme Leopardo, contra el cual se defendía un joven antropoide.

mono; en seguida emitió unos sonidos guturales. El antropoide levantó la cabeza y sus ojos se fijaron en la joven Diula y poco a poco dejó de temblar y demostrar espanto. Diula avanzó su cara hasta rozar la del pequeño animal y soplo dulcemente. Este acto pareció decisivo y la joven negra pudo sentirse tranquilamente junto al herido.

—Quiero una nuez de coco, pidió Diula.

Kunú le pasó una y Diula se la pasó al mono. Y mientras éste se llevaba la nuez de coco a la boca, Diula le limpió la sangre de la herida, vendó ésta y en seguida lo tomó en brazos. Los jefes blancos miraban esta escena con mucha simpatía; pero Salvere dijo preocupado:

—A pesar de todo, la actitud de ese pequeño gorila me parece extraña...

Y como para confirmar la inquietud del sabio jefe de la expe-

dición, se oyó en ese instante por el lado de los espesos matorrales de la orilla de la laguna, una queja, un gemido que se parecía de un modo sorprendente a un lamento humano.

—¿Será alguno de nuestros negros...? preguntó Santiago poniéndose de pie.

El pequeño gorila, al oír aquel lamento se enderezó en los brazos de la negra y se puso a temblar, mientras sus ojos miraban llenos de espanto hacia el matorral.

—Kuragán saber bien... dijo la negra Diula.

En un instante varias ramas fueron quebradas y entonces los blancos y los negros que los rodeaban pudieron ver, como a cincuenta metros de distancia, a un enorme leopardo contra el cual se defendía un joven antropoide apenas un poco mayor que el que habían recogido los viajeros. Merande y Montrose descolgaron rápidamente los fusiles que llevaban a

la espalda y se disponían ya a disparar, cuando un enorme gorila surgió de la penumbra. Con sus colosales espaldas, sus largos brazos acabados en unas manos negras y velludas, con su anchísimo pecho, representaba en toda su potencia al rey de la selva africana.

Nada más que con mirarlo se comprendía que, fuera del elefante, del rinoceronte y del hipopótamo, ningún otro animal podía ser capaz de resistir a esa enorme energía muscular.

Ante la aparición del gigantesco gorila el leopardo dejó su presa y trató de huir. Pero era demasiado tarde. Haciendo crujir sus formidables mandíbulas, el gorila se precipitó sobre la fiera de piel manchada, cayendo de un salto sobre el lomo. Con las manos delanteras apresó el pescuezo del leopardo, mientras éste lanzaba formidables zarpazos que caían en el vacío. Las formidables manazas del gorila parecían dos gigantesas tenazas que apretaban, apretaban y apretaban la garganta de la fiera sofocándola, estrangulándola. La lengua de la pantera salió fuera del hocico babeante, una lengua amoratada hasta que por fin el leopardo se estremeció violentamente y en seguida quedó inmóvil, flácido, colgante entre los velludos brazos del gorila.

El gorila lo soltó por fin y se enderezó con un gruñido de triunfo que interrumpió de pronto al darse cuenta de la presencia de unos seres extraños, desconocidos. El gorila tenía toda la apariencia de un negro, pero de un negro de mandíbulas inmensas y de la especie más degradada.

—¿Nos atacará?, preguntó Montrose a Diula.

—No mover, él nada hacer...

Efectivamente. El gigantesco gorila, acostumbrado a vencer, no atacaba si no veía en los demás seres actitudes belicosas. Miraba a aquellos seres humanos con más curiosidad que enojo. Tal vez discernía cierta semejanza entre él y los negros sudaneses que lo contemplaban medio desnudos; pero su instinto, sin embargo, debía advertirle que estaba viendo a unas criatura distintas a las de su especie.

Bruscamente reconoció al pequeño gorila que estaba en brazos de la negra Diula. En el acto el enorme mono dejó oír un gruñido que, sin duda, era un llamado. El gorila pequeño respondió con un grito suave, al mismo tiempo que se estrechaba más contra el pecho de la negra que lo tenía en brazos. Aquello pareció tranquilizarle.

—Parece que quiere acercarse a nosotros, observó Santiago Merande.

—No lo creo. Pero quien sabe si dejaría que nos acercáramos nosotros.

—El dejar... amos no tocar... recomendó Diula a los blancos.

Salvere dió un paso... En ese momento se apartaron unas ramas y surgieron tres gorilas adultos, seguidos de dos pequeñuelos.

Una de las monas se precipitó hacia el joven gorila herido por el leopardo; otra, con aire inquieto no tardó en descubrir al pequeñuelo refugiado en los brazos de Diula y dejó oír el mismo grito del gorila padre. El pequeño gorila oyó el llamado y trató de escapar de los brazos de Diula.

—¿Qué hará Diula?, preguntó ésta a Salvere.

(Continuará)

LA HIJA DE LA LUNA

III PARTE

La devolvió en seguida y se negó a ver al hombre. El caballero tiró la escudilla, se marchó a su casa desesperado y ya no volvió a acariciar la idea de conquistar a la Princesa.

El segundo caballero dijo a sus padres que su salud necesitaba un cambio de aires, pues le avergonzaba confesarles que los dejaba por amor a la princesa Luz de la Luna. Salió, pues, de su casa notificando al mismo tiempo a la Princesa que emprendía el viaje hacia la montaña Horai con la esperanza de traerle la rama del árbol de oro y plata que tanto deseaba poseer. Sólo permitió a sus criados que le acompañasen la mitad del viaje por tierra. Los despidió y continuó solo hasta llegar a un puerto, donde embarcó en un pequeño velero. A los tres días de navegación desembarcó y empleó a muchos carpinteros en la construcción de una casa, dispuesta de tal manera, que nadie pudiera tener acceso a ella. Allí se encerró con 6 diestros orfebres, que se esforzaron en labrarle una rama de oro y plata capaz de satisfacer a la princesa como si realmente fuese arrancada del prodigioso árbol que crece en la montaña Horai. Todas las personas a quien preguntó le contestaron que la montaña Horai pertenecía a un país fabuloso y no a la realidad.

Cuando estuvo terminada la rama, emprendió el viaje de regreso y adoptó un aspecto desastrado y de fatiga, como si llegara de muy remotos países. Colocó la rama en una caja de laca y la llevó al anciano como ofrenda a la princesa.

El anciano se quedó decepcionado ante el mísero aspecto que presentaba el caballero, y pensó que acababa de llegar de su largo viaje con la rama, de modo que trató de persuadir a la princesa a que lo recibiese. Pero ella guardó silencio y se quedó muy triste, mientras el viejo procedía a abrir la caja y sacar la rama ponderándola como el tesoro más prodigioso de toda la tierra. Luego habló del caballero, de lo apuesto que era y del valor que suponía realizar un viaje a un lugar tan lejano como la montaña de Horai.

La princesa Luz de la Luna cogió la rama y, después de examinarla atentamente, dijo que era imposible que un hombre obtuviese una rama del árbol de oro y de plata que crecía en la montaña de Horai, en tan poco tiempo y con tal facilidad, y le dio pena añadir que la creía artificial.

El anciano salió a ver al caballero, que esperaba cerca de la puerta y le preguntó dónde había encontrado la rama. El pretendiente no tuvo escrúpulo en contarle una larga historia:

—Hace dos años embarqué y me hice a la vela en busca de la montaña Horai. Después de navegar viento en popa por algún tiempo, llegué a los Mares de Oriente. Entonces me sorprendió una violenta tempestad y navegué sin rumbo varios días hasta que el viento nos arrojó a una isla desconocida, habitada por demonios que al principio me amenazaban con matarme y devorarme. A pesar de todo, me hice amigo de aquellos seres horribles y acabaron por ayudar a mis mari-



Pero ella guardó silencio y se quedó muy triste, mientras el viejo procedió a abrir la caja y sacar la rama que ponderaba como el tesoro más prodigioso de la tierra. que si te las hubiera de contar nunca acabaría. A pesar de mis deseos de permanecer allí mucho tiempo, apenas corté la rama emprendí el regreso corriendo. Navegando a toda vela he tardado en volver cuatrocientos días y ya ves cómo están mis ropas de gastadas por tan largo viaje por el mar. En mi ansiedad por traer la rama a la princesa cuanto antes, no me detuve a cambiar de ropa.

En aquel preciso momento, los seis joyeros que habían sido contratados para labrar la rama, pero a quienes el caballero no había aun pagado, se presentaron con la pretensión de que la princesa les pagase su trabajo. Dijeron que habían trabajado casi mil días para hacer una rama de oro con sus vástagos de plata y sus frutos de piedras preciosas, la misma que el caballero acababa de presentar a la princesa, y por cuyo trabajo nada habían recibido.

A lo que contestó:

—¡Sí, esta es la montaña de Horai!

Con muchas penas y trabajos llegué a la cumbre donde encontré el árbol de oro con raíces de plata que se hunden en la tierra. Las maravillas de aquella isla son tantas,

(CONTINUARA)

De lucha quedan hartos los súb



1. Puesto en fila, Chochi, y los monitos, parten a la campaña decididos, dispuestos como buenos soldaditos a desarrollar planes bien meditados.



2.—Por esto a su llegada al campamento, al que van con tan buenas intenciones, las tropas les demuestran su contento, dispuestas a seguir sus instrucciones



3. Y Pepito establece las guerrillas, que den la alarma en un caso de apuro, mientras prepara las avanzadas que a la acción den el éxito seguro.



4. En tanto los soldados enemigos, prepáranse a la lucha con coraje, y el rey, Muerde Lagartos y Cien higos, recibe informe del espionaje.



5. Muerde Lagartos monta en su camello de batalla y muestra gesto fiero, recorriendo el país, seguido de su ilustre pregonero.



6. Reunidos en una gran pradera, a la llamada del pregón guerrero, como las moscas en primavera, acuden, pero ¡se les ve el plumero!

ditos del Rey Muerde Lagartos



7. El pregón, un salvaje formalote, denuncia lo que han visto, y el salón, que está ya de bote en bote, siente de la emoción la sacudida.



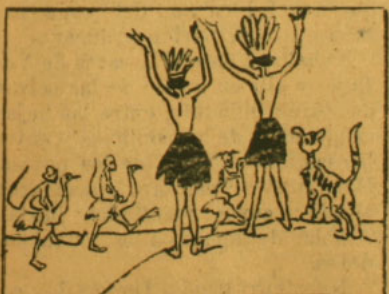
8. Ante Muerde Lagartos se presentan, sin anuncio, ni cumplido, tres bailarines raros, que contentan al rey, sin saber por dónde han venido.



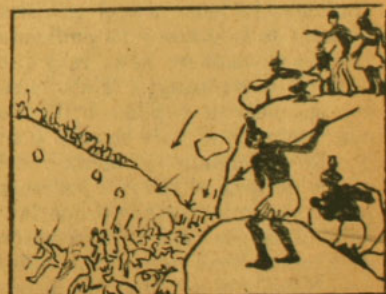
9. Los llama el rey, y Chochi, muy gracioso, le da la mano, mientras los monitos hacen un gesto ceremonioso, que los presente bien educaditos.



10. Ofrecen sus servicios ¡vaya lucés! al rey, que los acepta satisfechos, y en seguida les da tres avestruces, en prueba de la gracia que le han hecho.



11. Ya están los tres, nombrados generales, al frente de un ejército nutrido. ¡Menuda os van a dar por animales — dicen los tres — ¡pues si vais bien perdidos!



12. Conducidas las tropas hábilmente, a un sitio previamente convenido, las fuerzas de Pepito, triunfan de un modo franco y decidido.

El Despertar del Indio

Nabalburi paseó su mirada en derredor y luego se quedó pensativo. A lo lejos, el cañón volvió a dejar sentir su voz de trueno, y entonces el indio sintió que algo extraño se agitaba desesperadamente dentro de su pecho. Era como un dolor inmenso, indefinible, que lo sentía en todas las partes de su ser, y no podía, no sabía indicar sitio ninguno. Rasgó el espacio el fragor de otro estampido, y esta vez Nabalburi comprendió que su dolor estaba en el corazón.

Una oleada de sangre ardiente subió hasta su rostro de tez morena y endurecida; era la sangre heroica de Lautaro que revivía; era el soplo titánico de Caupolicán, el caudillo generoso; era la potente voz de Pelantaro que lo llamaba a cobijarse bajo su bandera: la bandera de la libertad.

El yanacona volvía a ser el auca indomable y orgulloso que otrora hiciera caer la cabeza del gran Valdivia y derrotara las huestes de los Villagrán, en cien batallas. La tradición le mostraba el glorioso ejemplo de Lautaro, y no pudiendo resistir al mandato de la raza que hablaba en su sangre, Nabalburi, con sus negras pupilas brillando con luminosidades de triunfo y su cabellera flotando a merced del viento, levantó al cielo su poderosa diestra, al mismo tiempo que lanzaba al aire la solemne invocación guerrera: *¡Mari, mari Epunamún!*

—Nabalburi es amigo de los españoles y enemigo de sus hermanos, ¿por qué viene, pues, entre nosotros?

—Escuche el gran toqui Pelanta-

ro: Nabalburi fué amigo de los españoles; ya no lo es. Mi hermano Pelantaro ha empuñado el Hacha de la guerra y Nabalburi también quiere empuñarla.

—¿Cómo sabrá Pelantaro que mi hermano Nabalburi no posee dos caras?

El Toqui pronunció estas palabras con estudiada lentitud. Nabalburi se levantó de un salto, y mientras Pelantaro permanecía sentado sobre el suelo, con las piernas cruzadas y con una pipa entre sus labios, el yanacona habló con tono irritado:

—Sí, soy traidor; quiero entregar a mis amigos españoles en manos de mis hermanos araucanos.

El Toqui alzó la cabeza y sus ojos lanzaron dos centellas. Nabalburi no podía mentir; su actitud era clara. Como por encanto desaparecieron los recelos y poniéndose de pie respondió solemnemente:

—Si Nabalburi entrega a los españoles en manos de sus hermanos, no será traidor; será un gran jefe que habrá libertado del yugo extranjero a la nación araucana.

Nabalburi enseñó la carta de Vallejo, y allí en medio de las selvas de Purén indómito, entre las hojas sangrientas de los copihues y entre los rugidos atónitos de los pumas, Nabalburi y Pelantaro concertaron el plan cuyos resultados harían temblar de espanto a los conquistadores.

Nabalburi llegó a Imperial, y como si nada hubiese acontecido durante su carrera entregó la carta a Oñez de Loyola. El Gobernador dispuso inmediatamente la parti-



Loyola, acompañado de dos valientes se defendió hasta lo último, y sucumbió teniendo su diestra en la empuñadura de la espada

da para Angol. En su imprudente orgullo de amo todopoderoso, creyendo domar a Arauco tan sólo con el ruido de sus armas, partió llevando consigo solo cincuenta soldados y trescientos indios que aún no habían sentido vibrar en sus pechos el grito potente y heroico de Pelantaro. Nabalburi iba con ellos; su rostro impasible no dejaba adivinar el inmenso estallido de su alma, y caminaba con la cabeza altivamente erguida.

Poco a poco las sombras de la noche empezaron a envolver todas las cosas. Loyola ordenó hacer alto en *Parlachaca* y decidió pasar allí la noche. Mientras todos dormían en el campamento, un indio se deslizó silencioso como un puma entre los centinelas cuyos ojos no consiguieron penetrar el misterio de las tinieblas: era Nabalburi.

Empezaba a clarear el nuevo día, y los arreboles de la aurora pare-

cían teñirse de un tinte sanguinolento. De pronto, un huracán furioso penetró en el campamento sembrando por doquier la confusión y el espanto. Es Pelantaro que llega al frente de trescientos aucas guiados por Nabalburi.

Loyola, acompañado de dos valientes se defendió hasta lo último; pero ante el empuje de los aucas, sucumbió teniendo su diestra en la empuñadura de la espada.

Arriba el cielo se teñía de carmín. ¿Era el reflejo del sol naciente o era el reflejo de la tierra bañada por la sangre de los españoles? Era más que eso, era el símbolo de la sangrienta revancha que Arauco empezaba a tomar contra Castilla. Era el reflejo lejano de las llamas que envolvieron más tarde a siete ciudades españolas: Cañete, Infantes, Valdivia, Osorno, Villarrica, Arauco e Imperial.

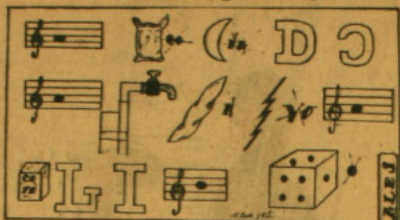
F I N

PASATIEMPO

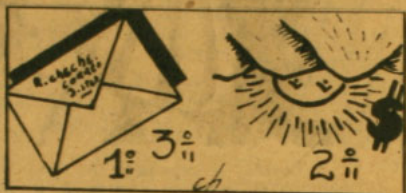
La Mocosita, *Por Arpe.*
 M.— Nombre femenino.
 A.— Nombre femenino.
 M.— Vehículo.
 A.— Picante.



Jeroglífico, *por Alej.*



Charada ilustrada, *por Cheche.*



Jeroglífico, *por Briosen*



El Indú, *por Hasán.*

Formar con estas letras el nombre de una hermosa serial que publica esta revista.



Soluciones de los Pasatiempos del N.º 16

Adivinanzas.— 1.— La lengua;
 2.— El almanaque.

Lector, *por Alej.*— 1.— Leopardo;
 2.— Ernestina; 3.— Colombia;
 4.— Tarapacá; 5.— Oro; 6.— Rojo.

Adivinanza ilustrada.— San Tito.

Charada ilustrada, *por Cheche.*—
 López.

Jeroglífico, *por Arpe.*— Cono-
 cido.

Jeroglífico *por Briosen.*— Ban-
 dera.

El Enano por A.

Con las letras sueltas formar el nombre de una película donde trabajó este enano.



PREMIOS DE LA SECCION PASATIEMPOS DEL N.º 15

Mereció el premio de: \$ 5, Arpe por su dibujo "El Halcón de los mares". — Llegaron muchas soluciones exactas, entre las que hemos sorteado cinco premios, correspondiendo \$ 5: a Ernestina Gallardo, Estación Quinta; \$ 5 a Julio Troncoso, Vallenar. — \$ 5 a Berta Gómez Sánchez, 7 Oriente, 2 y 3 Sur, Talca. — \$ 5 a Sara Benítez, Santa Juana, Concepción; y \$ 5 a Lucrecia Campos, Yungay 1510, Santiago.

Los favorecidos pueden pasar por sus premios a 10 de Julio 1140, los días Lunes, Miércoles y Viernes de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M. y los de provincias, deberán solicitarlos por carta dirigida al Director de "El Colegial".

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de \$ 200
5 " " " " " 100
10 " " " " " 50
Cortes de género.
Cortes de casimir.
Baterías de cocina.
Medias.
Suscripciones semestral a
"EL COLEGIAL".
Pelotas de fútbol.

Chombas.
Bicicletas para niños y niñas.
Radios.
Zapatos para niños.
Zapatos para niñas.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140

CORRESPONDENCIA

Nelida.— Cuando envíe sus cupones para el canje del próximo sorteo de Diciembre cuide de remitirnos un sobre listo para devolver los boletos respectivos. Le aceptamos como entusiasta colaboradora. Envíe el cuento que ofrece y si es bueno se publicará ilustrado por alguno de nuestros dibujantes.

Nanita.— Muy buenos sus dibujos. Pronto verán la luz en "El Colegial". Ya figura entre nuestros colaboradores. Gracias por sus felicitaciones.

Harán.— Ejercítense más en el dibujo y le enviaremos colaboraciones para ilustrar.

Blanca Sateler.— Con todo gusto la acogemos entre nuestros colaboradores. Puede remitirnos dibujos para la Sección Pasatiempos para empezar y cuando demos el concurso de dibujos que tenemos en perspectivas, puede enviar algún dibujo apropiado.

R. Perry.— Tiene pasta para dibujante y con un poco de ejercicio nos enviará otros mejores. El que nos envía ahora será publicado pronto.

Maryne Da Ler.— Trataremos de complacerla, dando primero su poesía titulada "Calcomanía". Son tan pocas aun las páginas de esta revista, que falta espacio para satisfacer a todos los lectores.

Sergio Mass.— Sus dibujos son regulares; pero creemos que con un poco de paciencia y práctica llegará a verlos publicados en "El Colegial". Hágalos en cartulina blanca y con tinta china negra.

Rolito.— Agradecemos sus calurosas felicitaciones por las series "El Tesoro Lejano", "Los dos Huerfanitos" y "¿Quién raptó a Henson?". Queda incorporado a la falange de colaboradores de "El Colegial". Puede enviar lo que le agrade, cuentos o dibujos.

Raquelita.— Se puede atender la suscripción que Ud. necesite desde el primer número. Su valor es de \$ 50.— por un año y \$ 25.— por seis meses. Debe remitir giro postal o telegráfico al Director de "El Colegial", Casilla 6562, Santiago. Le aceptamos como colaboradora.

EL SECRETARIO

GALERIA INFANTIL



REBEQUITA SALINAS O.



HUGO GONZALEZ A

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BÓLETO PARA ES-
TE CONCURSO.

CUPON N.º 6



LA CHICHARRA

(TETTIGADE CHILENSIS)

Este Hemíptero es muy abundante sobre todo en las provincias centrales, hay años que es sumamente abundante, debido a que es un insecto periódico, por lo general esto sucede cada diez años. Tanta es su abundancia que los arbustos y pequeñas plantas de los cerros se cubren totalmente de Chicharras, como vulgarmente se le llama, y se pueden recoger por sacos. El macho tiene en la parte inferior del primer segmento abdominal un aparato musical, oculto bajo unas escamas amarillentas; este aparato es el que le permite producir ese sonido estridente y monótono. El insecto causa muchos perjuicios a los árboles, olivos, manzanos, naranjos, guindos, etc. La hembra adulta pone los huevos dentro de cavidades que hacen con su ovíscapo. Las larvas que nacen de estos huevos, se dirigen al suelo en busca de las raíces tiernas de la planta de cuya savia se alimentan, la que absorben mediante su pico o chupón.

Cuando en el mes de Febrero se reviste el muermo de infinitas flores, es sin duda alguna uno de nuestros árboles más hermosos. Sus grandes y vistosas flores están reunidas en manojos en los extremos de las ramas, presentando a distancia el aspecto de estar cubierto de copos de nieve. Blanquea por la infinidad de sus flores nuestros bosques del sur.

También por el resto del año presenta este árbol un magnífico aspecto. En altura sobrepasa al colihue, pero no alcanza su espesor. De éste se diferencia por el carácter de su follaje.

Prefiere el muermo para su crecimiento atmósfera y suelos húmedos. Está esparcido principalmente en la zona, comprendida entre Arauco y Chiloé, en especial en la cordillera de la costa.

Por los indígenas es llamado toz y voyencum. En el sur domina el nombre ulmo, derivado del ulmo europeo.

El tronco recto se levanta hasta una altura de 40 m. con un diámetro correspondiente de 2 m. Sin embargo, semejantes dimensiones son excepcionales. Por lo general es sumamente esbelto y está provisto de una corteza lisa aún en los árboles mayores.

El muermo es entre los árboles productores de néctar el árbol por excelencia en el sur de Chile. Millares de aves rodean en el verano a este árbol en busca del néctar tan exquisito y fragante.

La madera del muermo es buena, pero poco resistente. Se la emplea principalmente para el revestimiento de las casas de habitación, pisos, etc. Es muy apreciado como combustible.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).





EL TIO TRANQUILINO



1. El tío Tranquilino daba un paseito matinal, cuando de pronto, al llegar a la esquina un violento e inesperado pelotazo le arrebató su elegante sombrero calañés.



2.—Los tres cabros futbolistas recogieron asustados el sombrero del tío Tranquilino y después de limpiarlo, dieron mil excusas al buen tío. Este sonreía.



3. No ha sido nada, niños, les dijo. Un pelotazo cualquiera dá en la vida. Y para que vean que no estoy enojado voy a jugar con ustedes. Y el tío pegó un fuerte schot.



4. Pero los niños se quedaron muy tristes al ver que la pelota cayó al otro lado de la pared donde había un perro bravo, según lo anunciaba el letrero puesto en la pared.



5. No se les dé nada, niños, dijo el tío Tranquilino asomado sobre el muro. No me asustan los perros bravos. Pero en ese instante el perrazo lanzó un gruñido terrible.



6. Los cabros estaban a punto de huir; pero el tío empezó a hacer rodar los paños de leña con el bastón hasta tapar por completo la puerta del pequeño chalet perruno...



7. Y mientras los niños celebraban la brillante idea que había puesto en práctica el tío Tranquilino, éste se bajó sin la menor inquietud a buscar la pelota.



8. Momentos después, sin hacer caso de los ladridos del perro, don Tranquilino, acordándose de que había sido arquero del "Patizambo" F. C., se puso a jugar con ellos.